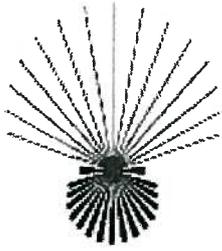


CENTRO GALEGO



DE
VITORIA-GASTEIZ

Bibliotecas
escolares
de Galicia

Raiola



Número 2 · Nadal · 2000

SUMARIO · SAÚ

O PARA

XÍO O POETA DE

LETRAS

AUREL

· 10

ACTIVIDADES ·

· 12 · CU

RUNCHO ·

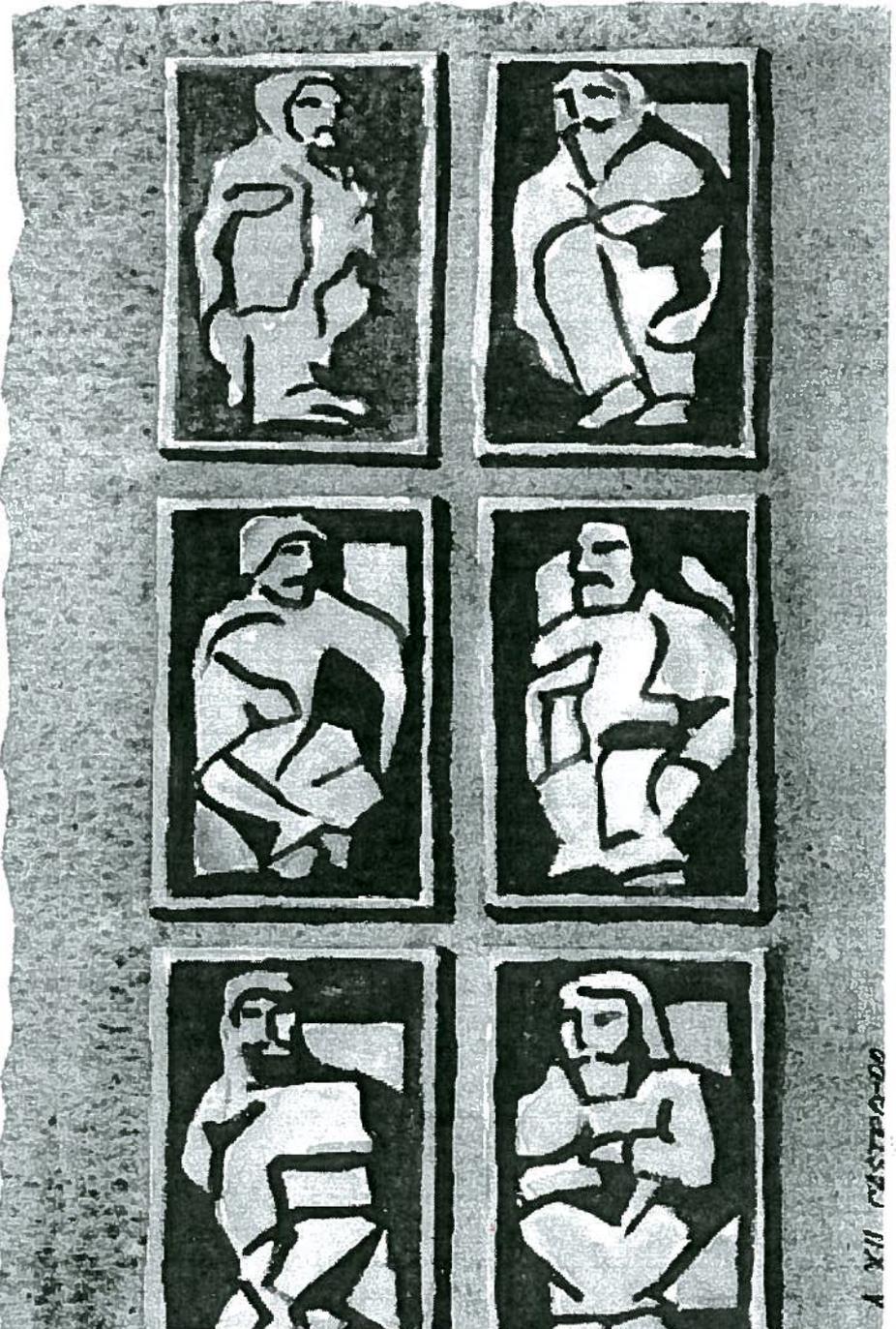
· 30 · LENE

S DO CAMIÑO ·

· S. VI

ILA · CONTOS

· 26 · VEREN



00000000 1111

COLABORAN



SECRETARÍA XERAL PARA
AS RELACIÓNS COAS
COMUNIDADES GALEGAS

Arabako
Foru Aldundia



Diputación
Foral de Alava

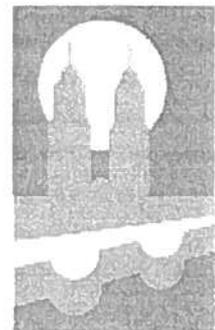


Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala

A Muralla de Lugo declarada Patrimonio da Humanidade

No primeiro número desta revista, o Centro Galego de Vitoria mostraba o seu apoio (ademais de facer unha colleita de firmas) para que a muralla romana de Lugo fose declarada Patrimonio da Humanidade, pola súa grande importancia artística, cultural e histórica, e por tratarse dunha obra única que hai que protexer e conservar.

Ó día de hoxe xa é unha realidade, por fin foi recoñecido o grande esforzo que fixeron os lucenses e diversos colectivos. Todos nós brindamos cos paisanos de Lugo ó tempo que lles damos a noraboa a todos os que traballaron para levar a bo termo ese proxecto.



Leyendas del Camino de Santiago: San Virila y San Veremundo

Imanol López Lacalle

Es bien conocida la vinculación estrecha de las tierras de Navarra con el Camino de Santiago porque en ellas confluyen gran parte de los caminos europeos que por vía terrestre se dirigían a la tumba del Apóstol Santiago en Compostela.

En la zona media de Navarra, a orillas del río Arga, en Puente la Reina, Pontis Reginae, se unían los peregrinos procedentes de Italia, del sur de Alemania, del Valle del Ródano o del Languedoc que venían por la vía Tolosana, con aquellos que lo hacían por las vías que partiendo de Le Puy, Tours o Vezelay, atravesaban el Pirineo

por Roncesvalles; estos caminos recogían a los viajeros del norte de Europa y la parte central y occidental de Francia.

El camino Tolosano que franqueaba el Pirineo por el puerto de Somport, discurre por Jaca y la Canal de Verdún, primitivo solar en el que se gesta primero el condado y luego el reino de Aragón. Al final de este largo valle y al entrar en las tierras más orientales de Navarra, en una elevada balconada natural, a la derecha del camino y situada al sur del contrafuerte pirenaico del Arangoiti, está enclavado desde los más oscuros tiempos de la Edad Media el monasterio de Leyre. Leyre era ya un

cenobio afamado y de un notable desarrollo intelectual en la mitad del siglo IX cuando fue visitado por San Eulogio de Córdoba. La primera leyenda que vamos a traer a estas líneas es la de un abad de este monasterio, San Virila, datado históricamente en el año 928.



Cabecera San Salvador de Leire

Leyre tiene en



Cripta de San Salvador de Leire

su iglesia la cabecera románica más antigua de Navarra y quizás de la Península Ibérica con una cripta debajo de ella que por la tosquedad y voluminosidad de su aparejo es del más rancio sabor altomedieval. Todo ello se construyó entre 1025 y 1060. En la portada occidental de la iglesia trabajó, azares de la vida, el maestro Esteban, el mismo cantero que construyó y adornó la puerta de las Platerías de la Catedral de Santiago.

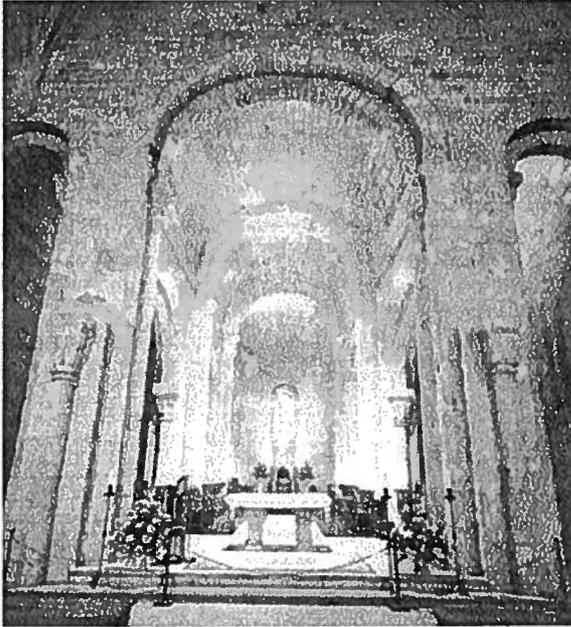
Desde Puente la Reina discurre por un solo camino, el famoso Camino Francés, el fluir de los peregrinos europeos que, como hemos dicho, venían a unirse en este pueblo adornado con un bello puente románico de la primera mitad del siglo XI.

Pasado Estella, o las ruinas del monasterio de Zarapuz si se va por el primitivo camino, el peregrino jacobeo medieval hacía posada en el monaste-

rio de Irache. Este cenobio benedictino cuyo origen se remonta a la primera mitad de la décima centuria, situado al pie de Montejurra, montaña de reminiscencias heroicas para el carlismo, es un enorme edificio que alberga en sus diferentes estancias el arte románico de mediados del XII, el protogótico cisterciense de finales del XII y principios del XIII, el plateresco de la primera mitad del XVI, el herreriano y el barroco. Los vetustos sillares del viejo monasterio de Irache están cargados de historia y la leyenda adorna, también, la figura del más importante de sus abades, ya que fue en tiempos del abadiato de Veremundo cuando el cenobio cobró sus más altos vuelos.

Tanto Leyre como Irache son dos lugares que el peregrino, el viajero y el turista amante de las cosas hermosas y de la historia no deben dejar de visitar. Sin embargo, vayamos ya a las dos leyendas que se fraguaron en las largas veladas de invierno, al calor de la hoguera de sus hospederías, entre los monjes y peregrinos que se refugiaban de las noches frías, de la cellisca, el agua o la nieve de los campos.

Una hermosa y fresca mañana de primavera, cuentan, cerró el portón del monasterio el abad Virila y salió paseando hasta internarse en el bosque de robles, encinos y bojés que hay en el lindero norte del muro de clausura. Iba el viejo abad de Leyre dándole vueltas en la cabeza a un tema que llevaba muchos tiempos preocupándole y para el que no encontraba respuesta: ¿Cómo sería posible gozar de una vida



Interior S. Salvador de Leire

feliz en el Cielo durante toda la eternidad sin caer en el tedio y el aburrimiento? Concentrado en estos pensamientos, oyó el armonioso canto de un pajarillo y, puesta su atención en la bella melodía de sus trinos, lo siguió hasta llegar a una fuente de agua fría y cristalina. Virila se sentó plácidamente ensimismado con el canto del pájaro y pasó mucho tiempo hasta que de nuevo volvió a la realidad. Cuando quiso regresar se encontró rodeado de vegetación y sin ninguna huella del sendero que lo había llevado hasta allí. Con gran esfuerzo logró atravesar la espesura de zarzas, ramas y helechos hasta que dio vista al claro del bosque donde se encontraba el monasterio.

El pequeño cenobio que había dejado con las primeras luces del día se le hizo desconocido; la puerta no era la misma, una gran iglesia había en el lugar del pequeño oratorio en el que

había rezado esa mañana maitines y laudes. Golpeó varias veces en la puerta y salió a abrirle un monje vestido con cogulla blanca. Nuestro abad se encontraba totalmente confundido; el portero le preguntó quién era y Virila respondió que el abad de aquel monasterio. Después de hacerle pasar a la hospedería contó el portero a su abad la presencia de un anciano monje vestido con hábito negro que decía ser el abad Virila que había salido a pasear por la mañana.

En el monasterio se creó un gran revuelo; miraron en los viejos pergaminos del archivo y allí figuraba el abad Virila que había desaparecido del monasterio una mañana de hacía trescientos años. Leyre había pasado, en ese gran intervalo de tres siglos, de mano de los benedictinos a los cistercienses que visten hábito blanco.

Una vez difundida la noticia a la comunidad todos se llenaron de gozo y alegría por la vuelta prodigiosa del abad y fueron a dar acción de gracias al Señor recitando el salmo que reza:

“Mil años ante tus ojos son como el día de ayer que ya pasó”.

Veamos que nos dice la segunda leyenda.

Veremundo había nacido en un pueblo a los pies de Montejurra que bien pudo ser Villatuerta o Arellano, lugares que llevan reivindicando el uno contra el otro el ser la cuna de nacimiento de nuestro santo.

Veremundo ingresó en Irache de adolescente siendo abad del monasterio Munio que era su tío. Fue Veremundo hombre de larga vida y sobresalientes virtudes. Su longevidad le permitió conocer a cuatro reyes del viejo reino de Pamplona: Sancho III el Mayor, García III el de Nájera, Sancho IV el de Peñalén y Sancho Ramírez de Aragón y de Pamplona.

Dice la leyenda que siendo joven monje profeso fue encargado por su tío Munio, dada su prudencia y laboriosidad, para atender la portería del monasterio. Allí llegaban en busca de refugio o alimento muchos peregrinos y pobres de los alrededores. Una tarde de crudo frío invernal, después de vísperas, Veremundo encontró en el zaguán de la portería a varios peregrinos que tiritaban de frío y traían las ropas empapadas por el aguanieve que les había caído desde su salida de Zarpuz, una legua más atrás. Veremundo los hizo pasar y acercarse junto al fuego bajo del refectorio de la hospedería mientras él iba a la cocina del monasterio a buscar algún trozo de pan para saciar el hambre de aquellos pobres peregrinos. Cuando regresaba a la hospedería se cruzó en el claustro con su tío el abad Dom Munio. El joven monje llevaba los mendrugos de pan recogidos en la cogulla. Munio, receloso de la excesiva largueza de su sobrino, le preguntó:

—¿Qué llevas escondido en la cogulla?

Respondió Veremundo:

—Llevo unas astillas de leña a la



Monje bebiendo Santa María de Irache

hospedería para avivar el fuego y calentar a unos peregrinos que han llegado totalmente mojados y ateri-dos de frío.

Munio, desconfiado, hizo que se las mostrara y he aquí que los trozos de pan se habían convertido en astillas.

Veremundo continuó su camino y fue a atender con diligencia a sus huéspedes que agradecieron aquellos trozos de pan.

A los pocos años de este milagro-suceso, Veremundo fue nombrado abad de Irache. Duró su mandato cuarenta y cinco años, en los cuales Irache fue favorecido con cuantiosas y ricas donaciones de iglesias, pueblos y monasterios. Nuestro abad murió el 8 de marzo de 1099 y junto a Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega completa la nómina de grandes santos del Camino de Santiago.